

la visión del origen

Por Ariel Rosales

de un poeta que la que revelan estos versos. Si Neruda hubiese querido decir que la sirena no hablaba "porque el lenguaje (o el uso del habla, si se prefiriere) le era desconocido", nada le impedía decirlo. Pero resulta que la sirena era una sirena sin mayúsculas, sin puntos y sin comas; no era una Doña Sirena de la Odisea a quien se le hubiese trabado la lengua.

Esa sirena, si no me equivoco, era nada menos que la musa del poeta. Era el amor del poeta, un amor que no se expresa con palabras porque es amor de verdad, no ficción literaria. Con vehemencia inusitada nos muestra el poeta a su musa desnuda: por eso le escupen los borrachos, porque es musa de carne y no de trapos. Si pudiera al menos llorar; pero no. La sirena es ajena a toda tristeza, a toda decencia, a toda hipocresía.

Si el significado de esta pequeña "fábula" es otro, por cierto que no se transparenta en la traducción de Alastair Reid. Esta falta de preocupación por el sentido de un poema es lamentable: reduce el trabajo de Neruda a la categoría de un juego de palabras. Pero es posible que yo sea demasiado severo con el señor Reid, cuyos aciertos como traductor no pretendo negar. No cabía esperar menos de un escritor tan competente y experimentado. Los defectos que he anotado son generalmente los de todos los traductores de Neruda, salvo honrosas excepciones. Debieran desconfiar más de la imagen que ellos se han formado del autor. Mucha gente cree que Neruda por ser chileno debe ser exótico; que debe ser ardiente y extrovertido porque es latino, o intelectual porque es comunista. Entonces, naturalmente, se incurre en unos errores garrafales. La culpa es en gran parte del mismo Neruda, cuyo amor a la mistificación lo impulsa siempre a crearse una imagen fantástica, mezcla de Byron, Goethe y Mayakovski.

¿Quién es en realidad Pablo Neruda? Es primero y ante todo un artífice de la palabra española. Un poeta lírico que maneja su pluma como los buenos cirujanos manejan el bisturí: con precisión y frialdad.

Y Neruda es universal. Odia cualquier Arte con mayúscula, sea latinoamericano, norteamericano o soviético. Siempre se encuentra "más cerca de la sangre que de la tinta, más cerca de la muerte que de la filosofía", como acertadamente lo definiera García Lorca. Con su sensibilidad de brujo, el español detectaba y retrataba de un plumazo la parte sumergida del ténpano Neruda: esa parte tan chilena y personal, y al mismo tiempo tan española y universal. Aún estamos esperando una traducción realmente visceral, hecha a sangre y a muerte, de este prodigioso poeta chileno.

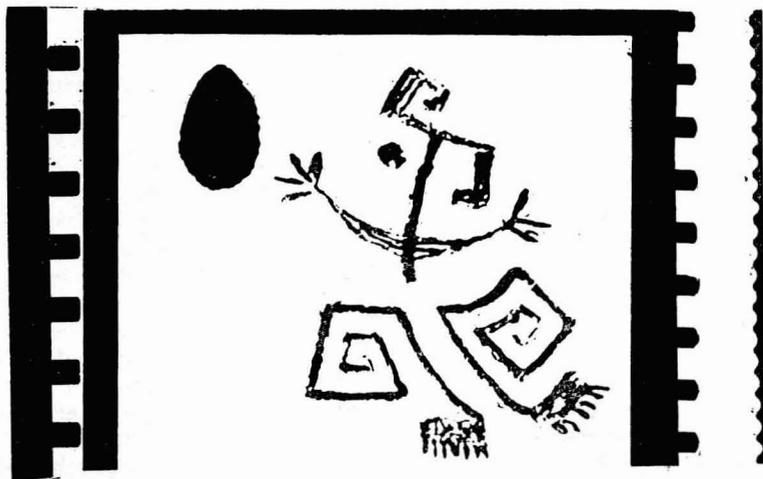
Pablo Neruda, *We are many*. Traducción de Alastair Reid. Grossman Publishers, in association with Cape Goliard; London, New York, 1968.

Desde hace varios años Fernando Benítez se ha impuesto la tarea de revelar en todos sus aspectos una de las realidades más importantes y olvidadas de México: la realidad indígena. La obra de Benítez puede ser abordada desde diversos puntos de vista, pero ante todo se presenta en su conjunto como el testimonio literario más completo que se ha realizado sobre los indios de México. Sus investigaciones además de formarnos una visión íntegra de un grave problema nacional nos descubren con lucidez la naturaleza del hombre primitivo. Más allá de la ignorancia e indigencia de su condición, los grupos indígenas mexicanos manifiestan con sus creencias, mitos y rituales una realidad religiosa admirable y desconcertante. Benítez pone en evidencia con sentido crítico este doble estado del indio mexicano; su obra es documento antropológico y denuncia social, pero al mismo tiempo es revelación artística y religiosa. La tarea de Benítez de ninguna manera se encuentra concluida, el material que reúne en su trabajo de campo cada vez se va enriqueciendo más y el producto literario que de ahí surge no sólo amplía una obra sino que la perfecciona.

En la tierra mágica del peyote es el libro más importante que se ha escrito sobre tema mexicano en los últimos meses. Su importancia está situada en dos niveles; primero: dentro de la investigación antropológica y etnológica, gracias al material compilado que significa todo un avance en el estudio de la cultura huichol; segundo: a través del estudio de un rito primitivo Benítez pasa al terreno del ensayo y plantea una actitud del mundo civilizado: el uso de las sustancias alucinógenas como negación de la sociedad contemporánea.

El libro en su primera parte narra la peregrinación de los huicholes a la tierra sagrada de Viricota. Antes de Benítez ningún investigador había podido realizar esta experiencia; lo más que se puede encontrar en los estudios sobre los huicholes son breves descripciones del rito a partir de ciertas referencias de los indios. El material acumulado durante la investigación de Benítez es impresionante: alrededor del tema central, o sea la peregrinación, ha reconstruido una mitología anteriormente desconocida o apenas vislumbrada; proporciona también las diversas versiones de la peregrinación en distintos grupos huicholes; al mismo tiempo relaciona la peregrinación con los mitos y la vida común de los indios, sugiriendo así una de las concepciones del mundo más poéticas de las culturas primitivas. La narración de Benítez nos introduce a una realidad donde el paisaje y los hombres se transforman mágicamente; a través de la observación aguda del investigador y de su sensibilidad de escritor, de alguna manera también transformada, asistimos a la visión del tiempo original.

Para el hombre civilizado el tiempo es una sucesión de años, meses, días; los acontecimientos de su vida pueden ser medidos con esos conceptos que él ha inventado; pero este hombre, dadas las condiciones del sistema en que vive, se encuentra encarcelado en su propio invento: el tiempo medido. Para este mismo hombre la sociedad primitiva está totalmente atrasada porque no ha podido incorporarse a su tiempo; en relación con el tiempo medido a lo más que llega el hombre primitivo es a depender del día y la noche para lograr su subsistencia: su vida cotidiana no está medida por días y horas sino simple-



mente *transcurre* en la luz y en la oscuridad; la vida ordinaria del primitivo es el milagro del simple *suceder*. El hombre civilizado ha transformado ese suceder en una cadena de acontecimientos que se dan en momentos determinados que él llama días o años.

El suceder de la vida primitiva tiene una base que lo fundamenta: el tiempo original, o sea el instante en el cual *todo* surgió. El primitivo no mide los instantes de su vida porque de alguna forma tiene conciencia de que ese suceder es *espera* del origen; vive para un pasado que es al mismo tiempo futuro. El advenimiento del tiempo original, es decir el final del ciclo vital que es igualmente el principio, se presenta como el núcleo de la concepción primitiva del mundo y la vida. El indígena entiende con toda sencillez que se encuentra sucediendo en la luz (trabajo) y en la oscuridad (descanso), porque es necesario para acceder al tiempo original; con la muerte este hombre deja de suceder en la vida ordinaria para llegar al origen. Los huicholes de Jalisco, casi totalmente aislados del mundo civilizado y en condiciones miserables, viven el día y la noche sabiendo que su realidad ha sido originada por un poder que los trasciende infinitamente. Esa otra realidad, la originaria, está *dentro* del suceder no cotidiano, *dentro* del paisaje maravilloso que los rodea; las manifestaciones concretas de esa realidad trascendente son aquello que los hace subsistir: el venado, el maíz; los huicholes saben también que esa realidad originaria es su destino. Hasta aquí, en términos generales, los huicholes se muestran como todos los hombres primitivos. Pero más allá de la tierra que habitan, en una imponente llanura solitaria, crece un pequeño cacto y los huicholes saben que dentro de ese ser vegetal late la otra realidad. Don de los dioses para los huicholes, droga terrible y diabólica para el hombre civilizado, el sagrado peyote contiene el tiempo original, y al comerlo los indios desaparecen de su vida para sumergirse en un delirio que los conduce al conocimiento del poder infinito de donde provienen: el Divino Luminoso. Así, los huicholes logran la revelación: las cosas ya no son simples manifestaciones del origen sino que participan directamente de la divinidad cambiando en forma continua; el hombre deja de ser un animal que trabaja para sacralizarse en la visión del origen.

En el libro de Benítez presenciamos los pasos y la culminación de esta experiencia mística. Pero el autor no se limita a narrar la peregrinación, sino que pasando al ensayo conecta este hecho con el movimiento social de Norteamérica que rechaza el sistema contemporáneo para buscar otra realidad: la dimensión mágica y religiosa que ofrecen las sustancias alucinógenas. El material informativo que maneja Benítez al abordar este problema —Timothy Leary,

Sidney Cohen, Jean Cau— en menos de dos años ha dejado de tener vigencia y quizá por ello sus conclusiones son demasiado rígidas. Sin llegar a la condena, Benítez, a partir de las declaraciones de Leary a *Play boy* y de un funesto texto de Jean Cau, afirma que el uso de las drogas alucinógenas por parte de los jóvenes de Norteamérica y Europa responde a un impulso sexual desenfrenado unido a una incompreensión de la realidad. Para Benítez los jóvenes al presenciar el derrumbe de los conceptos morales y sociales que sostienen el sistema se lanzan con los ojos cerrados y con grandes deseos sexuales al uso de la droga; en este sentido la actitud hippie es decadente. Esto es cierto pero sólo en parte; lo que Benítez contempla a través de sus informaciones es la etapa de aprendizaje en el uso de las sustancias alucinógenas: todos se sienten capacitados para opinar, los jóvenes sin comprender cabalmente lo que significa la actitud se sumergen en el exotismo, los iniciadores se sienten dioses. Benítez termina este capítulo reprochando a todos el no volver los ojos a las experiencias alucinantes del hombre primitivo. Pero actualmente, por lo menos una parte del movimiento ha huido de las ciudades para lograr esas experiencias; el rechazo del sistema cada vez es más radical y la actitud más religiosa. Los caminos para llegar a las experiencias visionarias que proporcionan las sustancias alucinógenas, obviamente tienen que ser totalmente distintos en dos sociedades separadas cultural y geográficamente en forma extrema, pero en el fondo el anhelo es el mismo: la visión del origen. El retorno a la sociedad primitiva por parte de los jóvenes del movimiento que han abandonado las ciudades, puede verse desde el punto de vista de la sociedad

contemporánea como una locura, pero desde la concepción primitiva no es más que un deseo de purificación para poder llegar a la unión con la realidad originaria; estos jóvenes escapan del tiempo medido para introducirse primero en el simple suceder y después en el tiempo original.

En la *tierra mágica del peyote* enseña cómo toda una forma de vida religiosa se ha construido a partir del cacto sagrado. La mezcalina, principio activo del peyote, posee una gama especial de propiedades alucinógenas. En México la exploración sería de la mezcalina así como de las demás sustancias de este tipo la han realizado siempre investigadores extranjeros; la única excepción la constituye Benítez, a él debemos el libro *Los hongos alucinantes*. Con el presente libro el autor continúa proporcionando grandes aportaciones al estudio de las drogas alucinógenas; ha reunido varias experiencias visionarias de los huicholes y relata también su propia experiencia. Mientras que las visiones de los huicholes se mueven en un nivel mágico donde aparecen imágenes de colores simbolizando los distintos poderes del universo, en la experiencia de Benítez encontramos la disolución en pedazos del hombre contemporáneo. Es un texto imponente y bello Benítez narra su inmersión como hombre civilizado en la dimensión de lo sagrado. Este testimonio por la situación en la cual se da la experiencia y por la manera como está escrito significa el choque de actitudes y la revelación literaria del origen. Y el libro en su conjunto también presenta este carácter revelador y desconcierta e impresionante.

Fernando Benítez, *En la tierra mágica del peyote*, Ediciones Era, México, 1967, 285 pp.

la importancia del espacio y su simbolismo

Por María Arriaga

Los gatos en el presente libro no son solamente un pretexto poético o una evocación cultural que abarca toda la mitología de su significación, son algo más que tiñe todo el relato de una ambigüedad precisa y característica dentro de los elementos básicos y concretos de toda narrativa: tiempo, espacio y realidad. De su presencia se parte con una actitud que es intrínseca a la técnica narrativa de los cuentos y que, a partir de la gran novela de principios de siglo, escinde la realidad para darnos la conciencia de que el arte no es, como en la novela tradicional, la presentación de la realidad sino precisamente su represen-

tación. Obliga así el escritor a los lectores a adentrarse en la abstracción y la dislocación del relato y a reconocer que "su" literatura es precisamente alteración de nuestra forma normal de ver la realidad. Su visión no es la habitual y su libertad desarticula los elementos objetivos trascendiéndolos a símbolos. Son los gatos los que establecen la relación entre la realidad concreta cotidiana de que se parte y la realidad interna que ya no solamente está o es, sino que esencialmente significa. Este es el momento, generalmente el de la concepción misma, en que la narración se convierte en una alegoría